

y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.—Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme; y así, me doy y me entrego por tu esposo.—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.—Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma; que, á mi parecer, mas la tiene en la lengua que en los dientes.” Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso, los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual, así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: “¡Milagro, milagro!” Pero Basilio replicó: “No milagro, milagro, sino industria, industria.” El cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que, lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el cura y Camacho, con todos los mas circunstantes, se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla; antes, oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dijo, que ella le confirmaba de nuevo; de lo cual coligieron todos, que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso; de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos; y, desenvainando muchas espadas, arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas; y tomando la delantera, á caballo, Don Quijote, con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechorías, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado que habia de ser tenido en respeto. Don Quijote, á grandes voces, decia: “¡Teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace! y advertid, que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardid y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuando, donde, y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea; que, á los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre;

y, el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza:” y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian; y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante; y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados; en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio; haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado, que por habérsela dado. Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio, ni su esposa ni secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio; que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quién los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quién los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. Á solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así, asendereado y triste, siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así, congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguió las huellas de Rocinante.